

Una aproximación teórica a James C. Scott

Mercedes Henríquez y España

Escuela Nacional de Antropología e Historia

RESUMEN: *En este trabajo se retoman las aportaciones más relevantes de la obra de James C. Scott: los conceptos de las relaciones de poder, la hegemonía, la resistencia y la subordinación, los cuales aparecen plasmados en su libro más relevante, Los dominados y el arte de la resistencia, a fin de insistir, con base en el modelo expuesto por el doctor Manuel Gándara para el análisis del conocimiento, en las contradicciones intrínsecas a los planteamientos de Scott, todo ello según la teoría de que el conocimiento es falible pero perfectible.*

ABSTRACT: *James C. Scott's most outstanding contributions in his works are: power relations, hegemony, resistance and subordination. These concepts are used in his excellent book: Los dominados y el arte de la resistencia, and I of insist that I was based in doctor Manuel Gándara's Understanding Analysis Model, in the intrinsic contradictions to such statements given by Scott, and in accordance to the theory that understanding is subject to error (is fallible), but can be improved (is perfectible).*

PALABRAS CLAVE: *hegemonía, poder, epistemología, falibilismo*

NOTAS INTRODUCTORIAS

Este texto está basado en la obra de James C. Scott *Los dominados y el arte de la resistencia. Discursos ocultos* [1990]. James C. Scott es profesor y director del programa de estudios agrarios en la Universidad de Yale.

Entre las obras de Scott están *Agrarian Studies: Synthetic Work at the Cutting Edge, Political Ideology in Malaysia; Reality and the Beliefs of and Elite, Comparative Political Corruption* (1972), *The Moral Economy of the Peasant: Rebellion and Subsistence in South-East Asia* (1976), *Weapons of the Weak: Everyday Forms of Peasant Resistance in South-East Asia* (1985), *Seeing Like a State: How Certain Schemes to Improve the Human Condition Have Failed* (1997), *The Countryside in the Age of the Modern State: Political Histories of Rural America* (2001), y *Presidents, Parties and the State: A Party System Perspective On Democratic Regulatory Choice, 1884-1936* (2002).

Los dominados y el arte de la resistencia es quizá la obra que mayor relevancia ha cobrado en el ámbito internacional y, hasta ahora, la única obra de Scott traducida al español.

A lo largo de su vida profesional, Scott ha intentado contestar a algunas de las siguientes preguntas: ¿cómo sobrevive la gente oprimida bajo regímenes represivos?, ¿qué hace posible las revoluciones? o, en un momento en que los gobiernos han llegado a ser tan eficaces para controlar el comportamiento de los gobernados, ¿es la resistencia un acto significativo?

Trabajando a través de las disciplinas de la ciencia política, de la antropología, de la ecología y de los estudios culturales, Scott expresa su convicción de que

[...] la única manera de aflojar el apretón casi hegemónico de las disciplinas separadas, en cuanto a cómo se enmarcan y se contestan las preguntas, es concentrarse en temas significativos para varias disciplinas [Scott, 1990].

En *Los dominados y el arte de la resistencia*, Scott recuerda su investigación en Malasia, pero ya no se enfoca en las formas cotidianas de la resistencia campesina, como lo hizo en *Weapons of the Weak: Everyday Forms of Peasant Resistance in South-East Asia*, sino en la construcción de los discursos dentro de las relaciones sociales de clase. El autor afirma que en su trabajo de campo le llamaron la atención las contradicciones que se dan entre el planteamiento de la gente pobre cuando está frente a los ricos y cuando está a espaldas de ellos. Así, provocó situaciones en las que hubiera solamente pobres, una mezcla de ricos y pobres, o bien, ricos solos. Con este método de triangulación inició sus reflexiones en torno al discurso oculto y al discurso público de las clases sociales en las relaciones de poder marcadas por la esclavitud, la servidumbre y la subordinación de castas. Estas formas de dominación, agrega, consisten en la institucionalización de un sistema para apropiarse del trabajo, de los bienes y de los servicios de una población subordinada.

Las posiciones de inferioridad y superioridad son reconocidas en ritos y procedimientos que regulan los contactos públicos entre los distintos rangos. La sociedad es un sistema relacional de diferencias en el que se dan una serie de campos, cada uno con reglas de juego particulares: todas las sociedades se presentan como espacios sociales, es decir, estructuras de diferencias que sólo es posible comprender en verdad si se elabora el principio generador que fundamenta estas diferencias en la objetividad. Dicho principio no es más que la estructura de la distribución de las formas de poder o de las especies de capital eficientes en el universo social considerado que, por lo mismo, varían según los lugares y los momentos.

Esta estructura, entonces, no es inmutable, y describe una continuidad (*continuum*) con un estado de posiciones sociales que permite fundamentar un análisis de la conservación y de la transformación de la estructura de distribución de las propiedades actuantes y, con ello, del espacio social. Esto pretende transmitir el autor cuando describe el espacio social como un campo, es decir, a la vez como un campo de fuerzas, cuya necesidad se impone a los agentes que se han adentrado en él, y como un campo de luchas dentro del cual los agentes se enfrentan, con medios y fines diferenciados según su posición en la estructura del campo de fuerzas, contribuyendo de ese modo a conservar o a transformar su estructura.

En estas prácticas sociales se niega el derecho de los dominados a responder, de tal forma que la humillación y la ofensa quedan sin respuesta, al menos en el ámbito público. De esta forma se generan los discursos ocultos de los dominados, como una crítica que se realiza a espaldas de los poderosos. El discurso oculto se hace expreso aunque la crítica esté disfrazada de chisme, de rumor, de representaciones teatrales, etcétera.

Este trabajo está organizado en tres partes: en la primera, se intentará definir el área valorativa, en la segunda el área epistemológica-metodológica, y en la tercera el área ontológica.¹

¹ La organización de este trabajo, así como el análisis de las posiciones teóricas, está basado en las propuestas de Manuel Gándara Vázquez, doctor en arqueología por la ENAH, México. En *El análisis de posiciones teóricas: aplicaciones a la arqueología social*, el doctor Gándara intenta contestar primordialmente a la pregunta ¿cuándo podemos decir que una teoría ha sido refutada (“rechazada” o “superada”)?, o inclusive, ¿podemos decir que una teoría ha quedado refutada? Según Gándara, para algunos autores tal pregunta carece de sentido, puesto que: a) no es posible evaluar teorías; b) la pregunta no tiene sentido, dado que “todo se vale”. No obstante, afirma que hay consecuencias considerables que se desprenden de estas respuestas, tanto en términos directamente científicos como en torno a sus consecuencias políticas y éticas más amplias. Para contestar a la pregunta inicial, el doctor Gándara comienza por clarificar el sentido del término “teoría”, como un complejo de creencias, supuestos y enunciados que orientan la producción de teorías sustantivas. Algunos autores le llaman a esto “paradigma” (como Kuhn) y otros “programa de investigación” (Lakatos); por su parte, Gándara lo denomina “posición teórica”. En términos gandarianos, podemos definir una teoría sustantiva como: a) un conjunto de enunciados sistemáticamente relacionados, b) que incluye un principio general tipo-ley, c) que es refutable en principio, y d) que se propone para explicar/comprender un fenómeno o proceso. Por su parte, una posición teórica es: a) un conjunto de supuestos valorativos, ontológicos y epistemológico-metodológicos, b) dichos supuestos guían el trabajo de una comunidad académica particular, c) dichos supuestos permiten la generación y el desarrollo de teorías sustantivas, y d) algunas de estas teorías sustantivas cumplen un papel especial en la socialización de nuevos miembros de la comunidad, al ser consideradas como ejemplos a seguir cuando se aplica la

ÁREA VALORATIVA

En términos generales, el objetivo de Scott consiste en:

[...] mostrar cómo podríamos mejorar nuestra lectura, interpretación y comprensión de la conducta política, muchas veces casi inaprensible, de los grupos subordinados. ¿Cómo podemos estudiar las relaciones de poder cuando los que carecen de él se ven obligados con frecuencia a adoptar una actitud estratégica en presencia de los poderosos y cuando éstos, a su vez, entienden que les conviene sobreactuar su reputación y su poder? Si aceptáramos todo esto literalmente, correríamos el riesgo de confundir lo que tal vez sea sólo una táctica con toda la estructura de las relaciones de poder. Mi propósito es otro: trato de darle sentido a un estudio diferente del poder que descubre contradicciones, tensiones y posibilidades inmanentes. Cada grupo subordinado produce, a partir de su sufrimiento, un discurso oculto que representa una crítica del poder a espaldas del dominador. El poderoso, por su lado, también elabora un discurso oculto donde se articulan las prácticas y las exigencias de su poder que no pueden expresarse abiertamente. Comparando el discurso oculto de los débiles con el de los poderosos, y ambos con el discurso público de las relaciones de poder, accedemos a una manera fundamentalmente distinta de entender la resistencia ante el poder [*ibid.*:21].

Scott considera que la comparación de estos discursos es relevante para comprender las convulsiones que agitan violentamente las sociedades humanas:

La idea de un discurso oculto nos ayuda a entender esos raros momentos de intensidad política en que, con mucha frecuencia por primera vez en la historia, el discurso oculto se expresa pública y explícitamente en la cara del poder [*ibid.*:22].

El objetivo de este artículo, al analizar *Los dominados y el arte de la resistencia*, es similar al del autor original, sólo que en este caso, además de entender las

posición teórica. Finalmente, en la propuesta del doctor Gándara podemos distinguir tres principales áreas dentro de la posición teórica: el área valorativa, el área ontológica y el área epistemológico-metodológica. Estas tres áreas, compuestas tanto por supuestos como por formulaciones explícitas, se combinan en algunos casos para generar teorías sustantivas, algunas de las cuales pueden convertirse en ejemplares. En el área valorativa define el “para qué” de la posición, y en ella se establece la justificación (ética y política) de la investigación. En el área ontológica se determina qué se estudia, y en ella se encuentran los supuestos sobre cómo es la realidad a estudiar (por ejemplo, si es material, ideal o mixta), de qué tipo de unidades se compone, si está sujeta o no a leyes causales, si está jerarquizada, etcétera. Por fin, en el área epistemológico-metodológica se propone indagar cómo debe estudiarse aquello que se definió en el área ontológica, a fin de cumplir los objetivos cognitivos establecidos en el área valorativa.

relaciones de poder, la hegemonía, la resistencia y la subordinación (aportaciones que consideramos muy relevantes en el planteamiento básico de Scott), se tratará de insistir en las contradicciones analíticas intrínsecas a dichos planteamientos, con apoyo en la teoría de que el conocimiento es falible pero perfectible. Junto a Scott, en este artículo se tratará de hacer un aporte, por mínimo que sea, a la explicación del surgimiento (que en ocasiones parece intempestivo) de las manifestaciones sociales violentas conocidas como “revoluciones”, que tanto desangran y enlutan a naciones enteras. El objetivo de esto sería, en un futuro ideal, evitar que el descontento producido por dichas relaciones de poder derive en acontecimientos nefastos como los antes mencionados.

Empezaremos el estudio de los planteamientos de Scott con la exposición del tipo de conocimiento que desea producir, para lo cual me parece muy representativa la siguiente cita:

A pesar de que hemos evitado deliberadamente el uso del término verdad² para caracterizar el discurso oculto, resulta demasiado obvio que tanto el hablante como aquellos que comparten su condición viven generalmente la declaración explícita del discurso oculto ante la cara del poder como un momento en el cual, en lugar de las ambigüedades y las mentiras, se expresa finalmente la verdad. Si algún sentido posmoderno de lo tenue que puede ser cualquier pretensión de tener la verdad nos impide usar el término, ciertamente no debería impedirnos reconocer, como Vaclav Havel, que quienes se atreven a dar ese paso lo viven como un momento de verdad y de autenticidad personal [*ibid.*:245 y s].

Esta posición scottiana, como él mismo reconoce, está íntimamente relacionada con la sostenida por Foucault, cuando éste dice:

La función de ‘decir la verdad’ no debe adoptar la forma de ley, sería asimismo vano creer que la verdad reside en pleno derecho en los juegos espontáneos de la comunicación. La tarea de decir la verdad es un trabajo sin fin: respetarla en su complejidad es una obligación de la que no puede zafarse ningún poder, salvo imponiendo el silencio de la servidumbre [Foucault, 1991:25].

En la *Microfísica del poder*, Foucault afirma:

Por “verdad” debe entenderse un conjunto de procedimientos reglamentados por la producción, la ley, la repartición, la puesta en circulación, y el funcionamiento de los enunciados [...] la “verdad” está ligada circularmente a los

² Volveremos sobre el concepto de *verdad* de Scott en las áreas epistemológica y ontológica.

sistemas de poder que la producen y la mantienen, y a los defectos de poder que induce y que la acompañan. “Régimen de la verdad” [Foucault, 1979:199].

En esta concepción del término *verdad* resulta evidente la conexión lineal entre los acontecimientos, a la vez que la evolución teleológica de categorías humanas universales se desmorona ante una historia de rupturas, de discontinuidades, de la desintegración de su sentido trascendente. Una historia que deja, pues, de ser historia, que sólo es simple expresión de una “voluntad de poder circunstancialmente desplegada hacia un sujeto plenamente objetivado” [Foucault, 1991:56]. Por lo mismo, si queda algo por hacer al historiador, será la articulación de medios y datos para conseguir unos resultados propuestos como probables, que sirvan para desmontar los mecanismos disciplinares de identificación, clasificación y procesamiento de los integrantes de unas sociedades humanas encerradas en sus propios discursos.

Por lo antes mencionado, *Los dominados y el arte de la resistencia* comparte con el postmodernismo y con la hermenéutica la convicción y la afirmación de que no existen ni un elemento social ni una posición analítica desde la cual se pueda determinar la veracidad de un texto o discurso,³ ya que la concepción de Scott de la realidad es como un producto cultural, como una entidad no preexistente al proceso social de creación y captación simbólica de la misma. Por ello su objetivo es describir, interpretar y comprender, no explicar los fenómenos sociales.

La historia de discontinuidades propuesta por Scott se contrapone a las áreas valorativa y epistémico-metodológica de la posición expuesta en este artículo, la cual se identifica más bien con la historia social y con las ideas expresadas por Gándara en lo que se refiere a la arqueología social iberoamericana y posprocesual: una sociedad no sólo debe ser conocida o entendida, sino que el objetivo debería ser transformarla, sobre todo si, como lo expresa Gándara:

En la realidad social se presentan fenómenos de asimetría y explotación que no sólo producen calidades de vida diferentes a miembros de segmentos de clases distintas sino que, en el proceso, atentan contra el propio ámbito natural de la actividad humana, como consecuencia de la lógica de explotación del capitalismo [Gándara, 1990:13].

³ “Bajo la visión postmoderna se desconfiaba de las visiones totalizadoras [...] la gran historia se disuelve en muchas micro historias. El objeto no es ya tanto la verdad como la verosimilitud” [Ramírez, 1986:21].

Desde esta lógica, se parte de una teoría en que “La explicación de la historia es una de las precondiciones de la modificación del presente y la predicción del futuro”. A lo cual agrega:

Al plantearse como objetivo cognitivo central la explicación [...] se puede contribuir a dilucidar los procesos que desembocan en la situación actual; y su motivación es, a la vez, ético-política y científica, ya que se pretende que el conocimiento generado no sólo nos proporcione una mejor comprensión de la trayectoria humana, sino que puede ser un factor en la comprensión del presente. A lo que es necesario agregar que mi concepción de la particularidad de la investigación histórica no supone una línea demarcatoria del objeto de estudio de la disciplina respecto a otras ciencias sociales ni en sus dimensiones estructurales ni históricas. Por lo que se convierten en materia de investigación concreta y de formalización teórica muchos problemas rigurosamente contemporáneos [*ibid.*].

ÁREA METODOLÓGICA Y EPISTEMOLÓGICA

Una de las aportaciones más valiosas de Scott en el libro analizado es su concepción de que la resistencia está inmersa en la cotidianidad de las relaciones en la sociedad campesina, y que ésta se mueve a través de redes de complicidad y solidaridad en formas ocultas. En este sentido también se relaciona con Foucault, cuando éste dice:

[...] que no existen relaciones de poder sin resistencias; que éstas son más reales y más eficaces cuando se forman allí mismo donde se ejercen las relaciones de poder; la resistencia al poder no tiene que venir de fuera para ser real, pero tampoco está atrapada por ser la compatriota del poder. Existe porque está allí donde el poder está: es pues como él, múltiple e integrable en estrategias globales [Foucault, 1992:171].

Esta posición se ve reforzada por las afirmaciones de Moore, en cuanto que:

[...] la sociedad es un amplio cuerpo social de habitantes de un territorio específico que tienen un sentimiento de identidad común, viven bajo un conjunto de acuerdos sociales distintivos y lo hacen con un grado de conflicto que siempre está cerca de la guerra civil [Moore, 1990:25].

Estas formas ocultas de las que habla Scott son las armas de los débiles en tiempos desfavorables en cuanto a la correlación de fuerzas. Se trata de actos cotidianos, realizados en forma individual y no premeditados, que carecen de bandera y dirigencia organizada, y están dirigidos en contra de los que buscan imponerles trabajo, alimentos, impuestos, rentas e intereses. Sus objetivos son inmediatos y, en general, buscan bienes concretos como el descanso o el alimento. Estas formas de resistencia cotidiana evaden a toda costa la confrontación directa con la autoridad y se quedan cortas respecto de lo que podría ser un desafío colectivo abierto.

La propuesta de Scott es, por tanto, investigar lo que él llama el *continuum* de la resistencia. En otras palabras, hasta ahora la investigación de los movimientos campesinos ha estado enfocada en los momentos de crisis o de convulsiones sociales, que por lo regular son temporalmente cortos, con desenlaces que a menudo resultan inconvenientes para los campesinos, ya sea por la represión o por las traiciones a sus ideales cuando triunfan las revoluciones. Según Scott, la resistencia que se manifiesta de forma abierta durante la rebelión debería ser estudiada en los momentos de calma aparente. Esta premisa se sustenta al comprobarse que la resistencia se gesta en procesos de larga duración. Estos momentos incluyen los de calma social aparente y los de conflictos armados. Si estudiamos la resistencia como un *continuum*, abriríamos la puerta a la comprensión más profunda de las rebeliones. En este aspecto también resaltan las similitudes con lo expresado por Foucault:

La obra representada sobre ese teatro sin lugar es siempre la misma: es aquella que indefinidamente repiten los dominadores y los dominados[...] la relación de dominación tiene tanto de “relación” como el lugar en que se ejerce tiene de no lugar. Por eso precisamente en cada momento de la historia, se convierte en un ritual; impone obligaciones y derechos; constituye cuidadosos procedimientos [...] Universo de reglas que no está en absoluto destinado a dulcificar, sino al contrario a satisfacer la violencia. Sería un error creer, siguiendo el esquema tradicional, que la guerra general, agotándose en sus propias contradicciones, termina por renunciar a la violencia y acepta suprimirse a sí misma en las leyes de la paz civil. La regla, es el placer calculado del encarnizamiento, es la sangre prometida. Ella permite relanzar sin cesar el juego de la dominación [Foucault, 1979:17 y s].

Así, para Scott, las relaciones entre dominados y dominadores se asemejan a una “puesta en escena teatral” (heurística), y por ello habla del “dentro y fuera de escena”, del disfraz, del poder y actuación. Según el autor, las exigencias

teatrales que generalmente se imponen en las situaciones de dominación producen un discurso público que corresponde mucho a la apariencia que quiere dar el grupo dominante. El dominador nunca controla totalmente la escena, pero por lo general logra imponer sus deseos. A corto plazo, al subordinado le conviene actuar de una manera más o menos verosímil, usando los parlamentos y haciendo los gestos que, él sabe, se espera que él haga. De esto resulta que —excepto en casos de crisis— el discurso público es sistemáticamente desviado hacia el libreto, el discurso, que es representado por los dominadores.

Estas formas “brechtianas”⁴ de lucha de clases tienen ciertas características comunes, por ejemplo, el uso de entendimientos implícitos y redes informales; también representan una forma de autoayuda. Tales formas de resistencia son frecuentemente más significativas y efectivas, como ya se apuntó, a través de periodos de larga duración.

Con base en lo anterior podemos afirmar que para Scott el conocimiento es posible, es doxástico, ya que considera que para conocer las relaciones de poder debemos tener un estado de creencia sobre cómo se estructuran éstas.

Es escéptico y particularista, pues para él no hay una sola verdad, sino que ésta depende de la percepción o de la posición social de cada cual. Intenta responder a la pregunta “¿qué significa?”, es decir, interpretar.

Es idealista subjetivo, ya que piensa que aun cuando las relaciones de poder no se dan conforme a los enunciados aceptados tradicionalmente, sí se dan conforme a una lógica que rompe con la interpretación de los anteriores estándares de observación.

Es constructivista en cuanto a que, para él, la realidad es producto de la práctica social: lenguaje, gestos, canciones, etcétera, y en que los elementos simbólicos requieren un soporte material (código) y ser externos. En la medida en que están materializados y se hacen colectivos, estos elementos tienen propiedades que los hacen diferenciables para un tiempo *t*, y en principio son independientes.

⁴ Las formas o herramientas brechtianas nos capacitan para distanciarnos y prever las consecuencias al escoger ente distintas acciones, tratando de comprender los mecanismos en que se basa nuestro comportamiento. La capacidad de escribir la verdad se ve “[...] dañada por la acción de fuerzas políticas hostiles a la crítica social; el intelectual, para vencer las dificultades, tendrá que dar muestras de las cinco virtudes brechtianas: el valor de expresar la verdad, la perspicacia de reconocerla, el arte de hacerla manejable como un arma, el criterio de escoger a aquellos en cuyas manos ella se haga eficaz, y la astucia para difundirla ampliamente” [Navarro, 2001, en www.habanaelegante.com/Winter2001/Verbosa.html].

Su punto de vista es *émico*, ya que parte del nativo. El razonamiento de Scott puede resumirse como sigue:

Cuanto más grande sea la desigualdad de poder entre los dominantes y los dominados y cuanto más arbitrariamente se ejerza el poder, el discurso público de los dominados adquirirá una forma más estereotipada y ritualista [Scott, 1990:26].

Es decir que, cuanto más amenazante sea el poder, más gruesa será la máscara.

Las técnicas de obtención y análisis de datos del autor son: historia oral, observación, literatura, narraciones y documentos, a partir de los que realiza una crítica de la calidad, credibilidad y representatividad de los datos partiendo de su objetivo de estudio.

Compartimos con Scott la idea de que el conocimiento es *nómico*, pero diferimos en cuanto a su afirmación de que la verdad es algo personal, ya que, como diría Gándara, “para que algo sea una teoría tiene que tener principios generales del tipo de una ley, que establecen relaciones causales entre variables, conjuntos o sistemas de variables”. Nuestro punto de vista también falsacionista, ya que no es posible confirmar teorías, sino solamente intentar refutarlas. Estas teorías se producen procurando explicar/comprender un fenómeno.

Además, como Gándara, nuestra posición es materialista marxista, gnóstica:

[...] la realidad es cognoscible; dialéctica: el conocimiento es producto de la acción transformadora sobre el mundo, y es siempre dinámico; social: el sujeto que conoce es producto de su sociedad; histórica: el sujeto y la realidad están en continuo cambio, y el proceso de conocimiento está limitado por el contexto histórico; se sostiene una noción de la verdad como correspondencia, cuyo criterio es la praxis; y una posición no-fundamentalista, falibilista en torno al estatuto del conocimiento: el conocimiento es falible, pero perfectible. Esta posición se identifica con una metodología falsacionista, de corte metodológico sofisticado (al estilo lakatosiano), en que no hay refutación sin una alternativa que mejore lo que refuta, y para la cual el cambio científico es, al menor a escala mayor, sujeto de crecimiento vía la crítica racional [Gándara, 1993:17].

ÁREA ONTOLÓGICA

La atención de Scott se centra en la lucha ideológica dentro de un pueblo, que no es meramente una lucha por el trabajo, los ingresos, los derechos de propiedad,

por granos o por dinero. Más bien se trata de una lucha por la apropiación de los símbolos, sobre la definición de la justicia, una lucha sobre cómo han de entenderse el pasado y el presente, una lucha para identificar las causas y asignar las culpas, un esfuerzo continuo por otorgar sentido a la historia local.

Scott afirma en la introducción de su libro que uno de los autores en que basó su planteamiento teórico es Pierre Bourdieu:

La actividad pública entre los dominadores y los dominados es en parte una especie de cuadro escenográfico del poder que simboliza la jerarquía: ‘Como Pierre Bourdieu señala, el poder se ha infiltrado en la representación: Las concesiones de cortesía implican siempre concesiones políticas [...] los impuestos simbólicos que deben pagar los individuos’ [Scott, 1990:74].

Por ello considero necesario precisar algunos puntos significativos del pensamiento de Bourdieu, en cuya obra tiene una particular importancia el concepto de “capital simbólico”:

El capital simbólico es una propiedad cualquiera, fuerza física, valor guerrero, que, percibida por unos agentes sociales dotados de categorías de percepción y de valoración que permiten percibirla, conocerla y reconocerla, se vuelve simbólicamente eficiente, como una verdadera fuerza mágica: una propiedad que, porque responde a unas ‘expectativas colectivas’, socialmente constituidas, a unas creencias, ejerce una especie de acción a distancia, sin contacto físico [Bourdieu, 1997:171 y s].

El capital simbólico (Bourdieu pone como ejemplo, entre otros, el “honor” en las sociedades mediterráneas) sólo existe en la medida que es percibido por los otros como un valor [*ibid.*:108]. Es decir, no tiene una existencia real, sino un valor efectivo que se basa en el conocimiento, por parte de los demás, de un poder que se le concede a ese valor. Para que ese reconocimiento se produzca tiene que haber un consenso social sobre el valor del valor, por decirlo de algún modo.

Bourdieu se manifiesta en varios momentos de la obra en contra de las teorías de la acción humana como “interés”, lo que él explica como una aplicación abusiva de las reglas de un campo determinado, el “económico”, a otros distintos. Esa noción de “interés” implicaría una acción basada siempre en el cálculo, es decir, consciente. Bourdieu tiene su propia propuesta:

La teoría de la acción que propongo (con la noción de *habitus*) equivale a decir que la mayor parte de las acciones humanas tienen como principio algo

absolutamente distinto de la intención, es decir disposiciones adquiridas que hacen que la acción pueda y tenga que ser interpretada como orientada hacia tal o cual fin sin que quepa plantear por ello que como principio tenía el propósito consciente de ese fin [*ibid.*:46].

Bordieu propone el ejemplo del “juego”, en el que los jugadores, una vez que han interiorizado sus reglas, actúan conforme a ellas sin reflexionar sobre ellas ni cuestionárselas. De alguna forma, se ponen al servicio del mismo juego.

Considero que el propósito final de Bordieu sería la deducción de las reglas del juego partiendo de las acciones observables de los jugadores. El historiador tendría que determinar primero que tras ciertas acciones se esconde algún tipo de juego; tendría que establecer quiénes están jugando; cuál es el espacio en que se desarrolla ese posible juego (campo) y, una vez establecidas todas estas cosas, deducir de las acciones qué tipo de juego están practicando. El juego es el conjunto de todo: acciones posibles, reglas, jugadores, beneficios que se obtienen, estrategias para conseguirlos, terreno, etcétera.

Otro de los planteamientos teóricos de Scott, que pienso debemos cuestionar, es su autopostulación como estructuralista, ya que en el siguiente apartado afirma que:

El aire de familia estructural es un pilar analítico fundamental de mi propuesta. En otras palabras, no intentaré hacer declaraciones “esencialistas” acerca de las características inmutables de los esclavos, de los siervos, de los intocables, de las razas colonizadas o subyugadas. Pero sí quiero afirmar que, si todos los demás elementos son iguales, existen estructuras similares de dominación que tienden a provocar respuestas y formas de resistencia muy parecidas entre sí. Mi análisis, por lo tanto, no considera diferencias y condiciones específicas que a otros les parecerían esenciales para tener una visión más amplia. No sólo ignoro las enormes diferencias entre cada forma de subordinación, sino también la gran singularidad de cada caso en una forma dada [Scott, 1990:21].

Con base en esta afirmación podríamos creer que Scott se encuentra dentro de la tradición estructuralista; sin embargo, en otra parte de su obra, en sus mismas afirmaciones, se advierte una contradicción, cuando precisa:

Es obvio, por las estructuras que escogí explorar, que privilegio las cuestiones relacionadas con la dignidad y la autonomía, las cuales en general han sido consideradas como secundarias en la explotación material [*ibid.*:20].

Yo postulo que a los grupos que carecen de poder les interesa, mientras no recurren a una verdadera rebelión, conspirar para reforzar las apariencias hegemónicas. El sentido de estas apariencias sólo se podrá conocer si las comparamos con el discurso subordinado en situaciones ajenas a la relación de poder. Puesto que oculta a la vigilancia directa es como mejor se desarrolla la resistencia ideológica, será necesario que examinemos los puntos sociales donde puede surgir esa resistencia [*ibid.*:21].

Según mi opinión, estas afirmaciones se traducen en una concepción de la realidad individualista, idealista subjetiva y como producto cultural, como entidad no preexistente al proceso social de creación y captación simbólica de la misma (historia cultural).⁵ La consecuencia inmediata sería la consideración de la verdad como expresión de prácticas sociales concretas dotadoras de sentido de una realidad cuyo significado (hermenéutica), indeterminado apriorísticamente, sólo se produce por medio de dichas prácticas y dentro de un consenso [Rorty, 1996:28].

⁵ Por lo que atañe a la “nueva historia cultural”, esta corriente historiográfica surge de un doble intento de superación. De la historia de la cultura tradicional —“historia intelectual”— por una parte, y de los modelos macroestructurales de la historia de las mentalidades, según la Escuela de los “Annales”, por otra. El trabajo de Roger Chartier expresa mejor la nueva perspectiva. En un libro que recuerda a Foucault, *El mundo como representación. Historia cultural: sobre práctica y representación*, Chartier alude a una historia encaminada hacia los procedimientos reguladores de la producción de significado. Convirtiendo los textos en mediatizadores discursivos de las prácticas sociales concretas desde las que aquéllos cobran vida, predica que “las obras, en efecto, tienen un sentido estable, universal fijo. Están investidas de significaciones plurales y móviles, construidas en el reencuentro entre una proposición y una recepción, entre las formas y los motivos que les dan su estructura y las competencias y expectativas de los públicos que se adueñan de ellas” [Chartier, 1995:xi]. Esta historia se asienta en un marco, decididamente hermenéutico-fenomenológico. Gándara hace una afirmación en cuanto a la arqueología postprocesual (aplicable a la historia postprocesual) que se puede referir a Scott: “Lo único que finalmente interesa son las significaciones. Estas significaciones podrán tener soportes materiales, cuya existencia no solamente se reconoce sino que es el objeto de estudio, pero lo crucial es que las significaciones son siempre significaciones ‘para alguien’. Ello asume y privilegia el papel del sujeto como constructor del mundo e, indirectamente, una postura idealista subjetiva [...] se tienden a ubicar solamente secuencias —típicamente accidentales o contextuales— de acciones, sin necesariamente comprometerse causalmente, privilegiando las ideas sobre los factores materiales” [1993:16]. Para Scott, todo puede ser causa de todo, dependiendo del ángulo desde el que se vea.

Al respecto Moore señala:

No siempre las condiciones de vida negativas como la injusticia y la opresión van a provocar respuestas colectivas similares entre los grupos sociales, sino que es la percepción y la significación que se le otorga a estas condiciones lo que orienta las respuestas [Moore *apud* Rorty, en *ibid.*].

Así, la realidad queda convertida en discurso social. Y éste es un espacio enunciativo configurador y habilitador de un objeto emergente de la nada [Foucault, 1987:57]. Un discurso que en sí se pluraliza sin medida ni valoración en las prácticas que lo generan y donde el sujeto ya no se realiza mediante disolución del otro en el mismo, sino en la ilimitada dispersión que deja a los demás ser lo que son. El pensamiento deja, pues, de ser un neutralizador absoluto de la diferencia en la unidad, para operar como organizador fenomenológico-hermenéutico del diálogo infinito con el otro [Gadamer, 1998:143].

Se privilegia, de esta manera, en nombre del “giro lingüístico”, el análisis del discurso sobre cualquier otro tipo de divagaciones relativas a un mundo social material exterior al mismo. Mediante la identificación que establece entre realidad humana y universo simbólico que la configura, se culmina en un estricto reduccionismo cultural de lo social, que no permite las viejas distinciones entre historia de las mentalidades e historia socio-estructural.

Para Scott hay un papel previamente determinado según el lugar que ocupen dominadores y dominados en la sociedad. Cada uno de estos asume las reglas que constituyen, regulan y le dan sentido a las acciones individuales. Es decir, que el juego precede al jugador y a la jugada, y en este sentido, considero que Scott se ubica en la caja superior derecha de la clasificación de Hollis (juegos) y no en la superior izquierda. Scott busca la comprensión, no la explicación.

TEORÍAS SUSTANTIVAS

Scott esboza lo que para él pueden ser algunos ejemplos de estas formas de resistencia cotidiana: se dividen en actos lingüísticos y boicots individuales a la autoridad. Se trata de mostrar qué tan importantes, ricas y complejas pueden ser las relaciones locales de clase y qué podemos aprender nosotros de un análisis que no se centra en el Estado, las organizaciones formales, la protesta abierta o los conflictos en escala nacional.

Podríamos imaginar, en este contexto, situaciones que van desde el diálogo entre amigos de rango social y poder similares, por un lado, hasta el campo de

concentración, por el otro, en el cual el discurso público de la víctima está marcado por el miedo a la muerte. Entre estos extremos se encuentra la gran mayoría de casos de subordinación sistemática. De este planteamiento podemos deducir dos teorías sustantivas intrínsecamente contradictorias:

1. Todo es resistencia. Los hombres al ser libres resisten al poder siempre, en forma cotidiana, abierta u oculta y, por lo tanto, generan una lucha eficaz contra el poder.
2. Pero la resistencia está desprovista de proyectos políticos, no conduce a cambios, ya que también la dominación existirá siempre, por lo que las revoluciones son ineficaces. Esto tiene que ver con la naturaleza de lo social, que siempre se impone, hay "algo", que Scott no analiza, que impone este carácter de dominación.

Es decir, Scott critica un concepto de hegemonía, pero no responde las siguientes preguntas: ¿Por qué los dominantes imponen sus condiciones a los dominados? ¿Por qué tienen la fuerza de hacerlo y en qué reside esa fuerza? ¿Tiene esa fuerza un origen divino? ¿Se encuentra en la naturaleza? ¿Por ello los dominados deben aceptar su situación como algo inamovible? ¿Por ello sus esfuerzos son ineficaces y siempre lo serán?

Es decir, Scott le otorga una gran importancia a la libertad individual (postmodernismo):

Un reciente desarrollo en la Psicología social llamado la teoría de la reactancia recurre abundantemente a los hallazgos de la teoría clásica de la agresión. Pero en vez de fundarse, como dicha teoría de la agresión, en los impulsos instintivos, parte de la premisa de que hay un deseo humano de libertad y autonomía que, cuando se ve amenazado por el uso de la fuerza, lleva a una reacción de oposición [...] Es muy improbable que el uso de la máscara cambie notablemente el rostro del subordinado, a menos que éste considere el acto como el resultado de una elección más o menos libre. Y, si ése es el caso, hay más posibilidades de que el rostro detrás de la máscara tienda, como reacción, a diferenciarse de la máscara en vez de parecerse a ella. En otras palabras, mientras más grandes sean las razones extrínsecas que determinan nuestra acción [...] menos necesidad tenemos de darnos razones satisfactorias para explicarnos nuestra conducta [Scott, 1990:138 y s].

Sobre el voluntarismo, el autor afirma:

Quién será el primero en declarar abiertamente el discurso oculto y exactamente cómo y cuándo lo hará son cuestiones que rebasan con mucho el alcance de las técnicas de las ciencias sociales. Tras tomar en cuenta todos los factores estructurales que pueden contribuir a la comprensión de este problema, siempre quedará un residuo significativo e irrecuperable al voluntarismo. Las conductas caprichosas, las circunstancias personales y la socialización individual hacen posible que, en una misma situación, sean factibles muy diversas respuestas a la subordinación sistemática [*ibid.*:255 y s].

Sin embargo, en contradicción con sus anteriores afirmaciones de libertad individual (1ª teoría sustantiva), también afirma que el discurso público, gracias a su tendencia acomodaticia, casi siempre ofrecerá pruebas convincentes de la hegemonía de los valores dominantes, de la hegemonía del discurso dominante (2ª teoría sustantiva). Los efectos de las relaciones de poder se manifiestan con mayor claridad precisamente en este ámbito público; por ello, lo más probable es que cualquier análisis basado exclusivamente en el discurso público llegue a la conclusión de que los grupos subordinados aceptan los términos de su subordinación y que participan voluntariamente —e incluso con entusiasmo— en esa subordinación.

Scott expresa:

Quién puede dudar que la situación real de los grupos subordinados a lo largo de la historia ha siempre tenido el aspecto, bastante verosímil, de algo ‘dado’ e inmutable. Si un argumento como éste es plausible en el caso de la clase obrera contemporánea, que cuenta con derechos políticos y conoce los movimientos de tendencia revolucionaria, para no mencionar las revoluciones de verdad, históricamente debería ser aún más cierto, y de manera contundente, para los esclavos, los siervos, los campesinos y los intocables [*ibid.*:102].

Puesto que los levantamientos de esclavos y de campesinos son muy frecuentes y fracasan casi siempre, se puede argumentar con bastante razón que cualquier mala interpretación de la realidad que prevaleciera sería más esperanzadora de lo debido [*ibid.*:109].

En otras palabras, Scott manifiesta, en términos optimistas, que los individuos tienen la aspiración de superar su dependencia, lo cual es bueno, correcto y natural, y en ello reside la libertad; pero es pesimista, cuando agrega que no hay esperanza ni posibilidad de superar esa dependencia, ya que esta aspiración sólo se cumple en el individuo, porque la naturaleza de la sociedad no permite

esa aspiración de libertad: el individuo no es socialmente libre. Esto genera una contradicción intrínseca entre las aspiraciones de libertad (libre albedrío) y la posibilidad de alcanzarlas (causalidad): existe una voluntad de subordinación de los dominados. Se entra en un círculo vicioso, ya que siguen resistiendo aunque no exista posibilidad de superar su subordinación.

Esta postura de Scott va en contra de todos mis valores derivados de los heredados del marxismo: “Destacando el contenido de clase como central, a las que agregaría cuestiones de género, de identidad étnica, e incluso de grupo de edad, etcétera” [Gándara, 1993]. Es decir, que a mí, como a Gándara, no me interesa que cada cual escriba la historia que mejor le convenga, sino recuperar la historia real, y de ella los elementos que permitan planificar un mundo mejor, y no solamente imaginado por sectas o facciones, por así convenir ahora a objetivos tácticos de lucha.

Pero, además, Scott comenta:

El problema que el partido político y su intelligentsia [*sic*] esperan resolver, es que la clase obrera en el sistema capitalista está empeñada en una lucha concreta de consecuencias revolucionarias, pero que, a causa de encontrarse prisionera del pensamiento social hegemónico, es incapaz de sacar conclusiones revolucionarias de sus actos [Scott, 1990:116].

Y, después agrega:

Así como se podría decir que el análisis tradicional marxista le da prioridad a la apropiación de la plusvalía como espacio social de la explotación y la resistencia, este análisis nuestro le da prioridad a la experiencia social de los ultrajes, el control, la sumisión, el respeto forzado y el castigo [...] la resistencia surge no sólo de la apropiación material sino de la sistemática humillación personal que caracteriza la explotación [*ibid.*:140 y s].

Es decir, que para reforzar su posición individualista y socialmente pesimista, Scott critica a la teoría del poder marxista. Registra un elemento importante para el análisis de las relaciones de poder, pero, como es claro (incluso para él mismo), no considera la base, las relaciones de explotación, no explica conceptos como clase, grupo social, modos de producción, acceso a los medios de producción, entre otros; descubre las necesidades de resistencia y dominación, pero no explica las condiciones de superación. La resistencia es una relación estructural, las reglas son inmanentes, los actores no pueden cambiarlas. El marxismo, en cambio, reconoce además de las significaciones, que la libertad está en la praxis y que la

relación dominantes-dominados es histórica y no estructural. Se vuelve estructural con la aparición de las clases, por lo que el proceso puede cambiar si las estructuras cambian por condición histórica: si se elimina el poder se elimina la resistencia.

En este sentido, y al contrario de Scott, mi posición es como la de Gándara, heredada del marxismo: materialista, dialéctica y realista; también pensamos en:

[...] lo social como una totalidad, pero una totalidad jerarquizada con una eficacia causal que, en general, debe ubicarse en las bases materiales de la vida, y en particular, en la forma en que las relaciones sociales de producción se organizan a partir de formas de la propiedad [...] se entiende que hay niveles de autonomía relativa y formas diversas en que la prioridad de lo material se expresa, pero se insiste en que la jerarquía existe —de otra manera, los programas políticos no hubieran estado siempre orientados a, por principio tomar el poder para precisamente modificar las reglas de propiedad y a partir de ellas crear una sociedad nueva [Gándara, 1993:15].

A MANERA DE CONCLUSIÓN

Resumiendo el análisis de la posición de Scott, podemos afirmar que es un autor ecléctico, porque conjuga posiciones hermenéuticas, de la Escuela de los Annales, de historia cultural y del postmodernismo, principalmente.

En cuanto a nuestra evaluación de su posición, considero muy valiosa y renovadora su visión de las relaciones de poder, pero a diferencia de Scott, consideramos que, aun cuando la historia esté plenamente inmersa en los terrenos inestables y cambiantes del lenguaje, ésta no debe dar la espalda a la acción, a las prácticas, a los acontecimientos como indicios de los conflictos que realmente acucian al hombre en su situación socio-histórica particular. Además se puede agregar que podríamos ser más ambiciosos en esta estrategia de la confrontación. Un discurso sólo se combate con otro discurso capaz de englobar al otro en sus categorías. Es decir que, aun admitiendo los sesgos subjetivos e ideológicos que toda teoría social conlleva como indica Manuel Cruz:

Entre dos teorías sociales antagónicas, el primer paso (*y sólo el primer paso, apunto yo*) para saber cuál de las dos tiene un valor científico mayor es preguntarse cuál de las dos permite comprender a la otra como fenómeno social y humano y hacer patentes, a través de una crítica inmanente, sus consecuencias y límites [Cruz, 1991:146].

Pero, también, una acción sólo se combate con otra acción; esta última generaría, como respuesta la imposición de un discurso alternativo, cuya relativa, y nunca definitiva superioridad residiese en su capacidad integradora. Sólo así será posible proyectar en la conciencia colectiva mundos diferentes más deseables. ¿Cuál sería ese nuevo marco teórico desde el cual proceder? Su construcción, como lo ha apuntado reiteradamente Gándara, es una tarea pendiente que ha de estar abierta a todo aquello que pueda satisfacer los objetivos planteados, con independencia de su origen intelectual. En tanto aceptemos el fin de los absolutismos de cualquier signo, debe ser una auténtica tarea intertextual en conexión con fines de auténtica naturaleza emancipadora. En este sentido, prescindiendo de prejuicios académicos instrumentalizados políticamente, y desechando toda versión “catequística” y ortodoxa del marxismo, creo que no será una labor estéril, entre muchas otras integrar en ese trabajo heterogéneo una relectura, adaptada a los nuevos tiempos, de la obra de Marx. Pienso que en ella no encontraremos lo que muchos han creído ver hasta ahora: un inútil determinismo metafísico economicista unilineal de raíz hegeliana, sino que se nos develaría un compromiso no dogmático con el problema de la emancipación humana en las sociedades industriales. Un compromiso en virtud de un realismo práctico abierto a las posibilidades concretas que ofrezca cada circunstancia social específica. Al fin y al cabo, una de nuestras tareas esenciales como humanos es la de reivindicar la utopía. Opino que la salud de una sociedad debe basarse en su capacidad para seguir proyectando universos simbólicos renovadores. Se trata, en definitiva, de recuperar la historia y de ir perfilando procesos de transformación social habilitadores de las mayorías silenciosas. La historia debería reconstituirse desde su originaria lucha con el poder; debería ser fundamentalmente utópica. El poder de que habla Scott aspira por naturaleza a la permanencia; la historia, ante todo, debería ser una energía renovadora. Predisposición al cambio.

BIBLIOGRAFÍA

Bordieu, Pierre

1997 *Razones prácticas. Sobre la teoría de la acción*, Barcelona, Anagrama.

Chartier, Roger

1995 *El mundo como representación. Historia cultural: entre práctica y representación*, Gedisa.

Chavero, Rosalía

1997 *Voces y silencios en la historia, siglos XIX y XX*, México, FCE.

Cruz, Manuel

1991 *Filosofía de la historia*, Barcelona, Paidós.

De Certeau, Michel

1993 *La escritura de la historia*, México, Universidad Iberoamericana.

Foucault, Michel

1979 *Microfísica del poder*, Madrid, La Piqueta.

1987 *Vigilar y Castigar*, México, Siglo XXI.

1991 *Saber y Verdad*, Madrid, La Piqueta.

1992 *Genealogía del racismo*, Madrid, La Piqueta.

Gadamer, H. G.

1998 *El giro hermenéutico*, Madrid, Cátedra.

Gándara Vázquez, Manuel

1990 "Algunas notas sobre el análisis del conocimiento", en *Antropología Americana*, México, Instituto Panamericano de Geografía e Historia, boletín núm. 22, pp. 5-19.

1993 "El análisis de posiciones teóricas: aplicaciones a la Arqueología Social", en *Antropología Americana*, México, 27 de julio, pp. 5-20.

Hollis, Martin

s/f "Systems and functions", en *The Philosophy of Social Science, an Introduction*, Cambridge University Press, pp. 94-114.

Moore, Barrington

1990 *La injusticia: bases sociales de la obediencia y la rebelión*, México, Instituto de Investigaciones Sociales-UNAM.

Navarro, D.

2001 "Sobre los intelectuales y la crítica social en la esfera pública cubana", en *La Habana Elegante*, segunda época, versión electrónica en <http://www.habanaelegante.com/Winter2001/Verbosa.html>.

Ramírez, J. A.

1986 *La polémica de la postmodernidad*, Madrid, Libetarias.

Rorty, Richard

1996 *Objetividad, relativismo y verdad*, Barcelona, Paidós.

Salmon, Wesley C.

s/f "Scientific Explanation", en *Introduction to the Philosophy of Sciences*, Nueva Jersey, Prentice Hall, pp. 1-103.

Scott, James C.

1990 *Los dominados y el arte de la resistencia. Discursos ocultos*, México, Era.

1998 *Seeing Like a State: How Certain Schemes to Improve the Human Condition Have Failed*, New Haven y Londres, Yale University Press.